

Deber y condiciones de eficacia

por

JEAN OUSSET

Este título es el de una serie de estudios sobre la acción, cuya publicación se continuará en números siguientes.

Llamamos la atención de nuestros amigos sobre estos capítulos.

¡Son tantos los que hablan de la acción sin detenerse jamás en los problemas que ella plantea...!

DEBER Y CONDICIONES DE EFICACIA

PREAMBULO

¿Cuál es la cuestión? ...

Saber si puede aún intentarse algo con eficacia para detener los progresos de la Revolución.

¿Cuál es la cuestión?

Saber si estamos definitivamente reducidos a combatir sin esperanzas de vencer; habiendo tomado el partido de conseguir, bajo los golpes del adversario, una honrosa aunque constante retirada.

¿Cuál es la cuestión?

Convencernos a nosotros mismos de lo que somos, de lo que pretendemos ser.

Porque de acuerdo con la respuesta, el deber, las resoluciones, los métodos, en una palabra: la misma acción ... pueden cambiar completamente.

¿No es sorprendente que estas preguntas, aunque fundamentales, casi nunca se hayan planteado?

¿Cuál es la cuestión?...

... Saber lo que pensamos de nosotros mismos.

¿Estamos en la retaguardia encargada de permitir al grueso del ejército, ya replegado, que se desmovilice con las menores pérdidas?

¿Pretendemos conservar el derecho, que aún nos queda, de proclamar con enérgicas negativas solemnes exhortaciones?

¿Somos los supervivientes de una especie en vías de desaparición, dependiente sólo de una obra protectora tipo "parque nacional", como las que benefician a los *síoux* de América o los *mullones* de los Alpes?

¿Nuestra ambición se debe limitar a cultivar un recuerdo, a

constituir cierto número de grupos en los que serían conservados y transmitidos, para el consuelo de una minoría, los elementos de cierta doctrina, que ya nadie admite? Algo semejante a tantas asociaciones, desde los "amigos de la vieja Niza" a los depositarios del recuerdo de Alphonse Allais, o a los fieles del tiro al arco, o a los fervientes de Mozart o de Pergolesi.

Acciones, ocupaciones, que pueden ser muy honrosas ...

Pero acciones, ocupaciones, que no dejan de estar muy alejadas de una empresa de reconquista social.

Ante todo querer.

De la respuesta a estas cuestiones no puede dejar de depender la determinación del método, la determinación de los medios, muy diferentes, ya se trate de mantener un recuerdo, o de promover un renacimiento profundo. Para mantener un recuerdo; para mantener un relativo fervor a un rebaño de fieles; para intentar siquiera aumentar su efectivo ...; hace falta muy poco. Algunas reuniones. Algunos boletines, revistas o semanarios. La publicación, a trancas y barrancas, de un cierto número de obras, que sólo los "fieles" compran para "mantenerse" ...

Para ello, la acción puede quedar limitada al esfuerzo de algunas personalidades de relieve que hablen, escriban, se afanen; contentándose la masa con escuchar, leer y aplaudir. Lo cual puede ser consolador, meritorio. Y hasta puede llamarse acción. Pero no ciertamente una acción conquistadora.

La cuestión está en saber lo que queremos. Ya sea contentarnos con ser una secta únicamente reconfortada por un sistema de congratulaciones recíprocas; o crearnos un deber de trabajar con eficacia para el triunfo, universalmente salvador, de la Verdad.

La lucha ciertamente dura desde hace mucho. Y la falta de ardor, el repliegue, la cobardía son fáciles cuando el ejército, cuya misión es asegurar el relevo, no ha cesado de batirse en retirada.

Y es ahí, finalmente, donde radica la cuestión. ¿Cómo puede ser, que tantos trabajos, tantos esfuerzos, no hayan conseguido un mejor resultado?

¿Por qué la realidad responde tan mal a nuestras intenciones?
Nos afanamos; y retrocedemos sin cesar.

Remamos; y la corriente nos arrastra, ¿Por qué?

¿De dónde puede venir esto?, ¿de qué puede depender?

¿Son éstas, al menos, las cuestiones que intentamos proponer-
nos?

O de lo contrario, ¿cómo justificar que seres, por otra parte escrupulosos, concienzudos, razonables, puedan hasta ese punto, dejar de ocuparse como conviene, cuanto conviene, del problema del deber y de las condiciones de eficacia, en el servicio de la más santa causa en lo temporal?

* * *

Muy sospechosa, verdaderamente, es la noción de eficacia.

Algunos creen que es de virtud rechazarla. Noción marxista, pretenden. So pretexto de que para el marxismo la noción de eficacia es el principio supremo del juicio y de la acción.

¡Lejos de nosotros, pues, este exceso!

Pero lejos también este otro exceso, tan favorable a la satisfacción del menor esfuerzo, según el cual le bastaría al cristiano con "sembrar", como suele decirse; el resto (entiéndase la buena o la mala suerte de la cosecha) pertenece a Dios solo. Lo que es una forma muy libre de interpretar la parábola del sembrador. La cual, lejos de enseñarnos a descargar sobre Dios el mejor rendimiento de la siembra, hace observar, por el contrario, que produce el ciento por uno, o se vuelve estéril, según caiga o no en una tierra convenientemente preparada. Prueba, totalmente evangélica esta vez, de que no basta, en lo que a nosotros concierne, con un esfuerzo inicial y a cortísimo plazo de proclamar la verdad para garantizar el rendimiento de la cosecha; sino que hace falta la virtud de un cultivo, es decir, de un esfuerzo, de una acción conveniente, so pena de esterilidad.

Ciertamente, sabemos, que los designios de Dios son impenetrables. Que sus caminos no son nuestros caminos.

Pero muy frecuentemente en nombre de esta impenetrabili-

dad de la intención divina, y so pretexto de que Dios puede triunfar con NADA, no haciendo NADA nosotros (NADA conveniente, NADA suficiente), en nombre de lo sobrenatural, curiosamente interpretado, no aguardamos una victoria, de la que se podría decir esta vez, que Dios nunca la concedería, mientras nosotros así la esperemos.

Hay en esta evasión sobrenatural (aparentemente edificante) una forma muy hábil de eliminar nuestra responsabilidad de la desgracia de los tiempos; una forma inadmisibile de eximirnos del más elemental deber de autocrítica, y de preguntarnos (con la humildad requerida) si hemos hecho verdaderamente lo que Dios no puede dejar de esperar de nosotros.

¿Será normal que la verdad sea tan continuamente estéril y la mentira tan continuamente triunfante? ¡Sí! Las vías de Dios son impenetrables. Y por lento que El parezca en concedernos la victoria, no dejamos de tener el deber estricto de la humilde resignación, de la sumisión constante, de la perseverancia paciente e inquebrantable, ¿Pero cómo olvidar que El es también quien ha dicho: "Pedid y recibiréis ... llamad y se os abrirá; porque quien pide, recibe, y a quien llama, se le abre"?

Es, pues, demasiado cómodo apuntar en la cuenta de los insondables designios de la Providencia la impotencia, la infecundidad... imputables a nuestra sola pereza, a nuestra sola ignorancia, a nuestro solo desprecio de lo que el más humilde de entre nosotros podría reconocer como la META, que conseguir, y como los MEDIOS, que promover.

La eficacia en lo temporal.

Repitámoslo: cae dentro del orden, es decir, cae dentro de la prudencia de la acción, que vamos a estudiar, el estar convenientemente relacionados con la noción de eficacia.

Esa acción temporal, ¿cómo podría ser sabiamente concebida sin dar importancia al resultado, igualmente temporal, que la manda, que la especifica?

Aún recordamos la conversación con un eminente religioso. Como le hiciéramos partícipe de la extrema dificultad que hay en movilizar a los “hijos de la luz” ...: “No se inquiete usted —me respondió—, no tiene importancia el resultado. ¡Lo importante es que de esta forma se gana el Cielo! —¡Ay! Indudablemente —respondimos nosotros— es consolador, Padre, saber que trabajando, como lo hacemos, ganamos el Cielo”.

No obstante, no creemos que este argumento pueda eximirnos del deber de la eficacia temporal, que es como la razón de ser del tipo de acción apuntado.

De que en la vida sobrenatural, en la vida interior y de puro amor de Dios, podamos quedar privados de la evidencia del resultado importa poco; ya que en este orden de cosas el fin directo inmediato es agradar a Dios; y se sabe que esta finalidad se consigue moralmente por el mismo hecho de dedicarse a ello generosamente.

Sin embargo, ya no es así cuando se acomete el cuidado de actividades menos directamente ordenadas a Dios, a finalidades temporales específicas.

¡Qué se diría por ejemplo, del fraile cocinero que so pretexto de que gana el Cielo, afanándose en torno a los fogones, no se inquietase por el efecto de sus mixturas, de sus platos quemados, de sus salsas purgantes, de sus caldos fulminantes?

Y asimismo, ¿qué se pensaría de la religiosa enfermera que, so pretexto de que también gana el Cielo, en cuanto a religiosa orante y ferviente, no se inquietase de la ineficacia habitual de los remedios escogidos, de los cuidados prodigados? ¿Y quién se atrevería a decirle: “Hermana, no se inquiete de que los enfermos se le mueran a chorros en cuanto quedan a su cargo. Poco importa el resultado. ¡Animo! Lo importante es que de esta manera gane Vd. el Cielo”?

¡Siniestro propósito!

¿Y por qué no lo sería aún más, cuando, en vez de aplicarse al cocinero o a la enfermera, el mismo argumento se aplicara a los desvelos de una acción cívica cristiana?

Ciertamente Dios puede permitir que el trabajo más concien-

zudo, el esfuerzo más prudente, el valor más generoso, sean derrotados. Hay que saber soportar estas pruebas. Pero sin que éstas, por duraderas, por dolorosas que sean, puedan transformarse en un argumento de indiferencia con respecto a los resultados, de menosprecio con respecto a la eficacia temporal, que una acción semejante no puede dejar de tener. ¿De qué serviría, en efecto, cocinar y cuidar a los enfermos, como no fuera por el fin de alimentar y aliviar (eficazmente) a los que tienen hambre y a los que sufren?

Si hay desastres prestigiosos —Sidi Brahim, Camerún— hay una forma deshonrosa mucho más corriente, por desgracia, de afanarse. La que consiste en casi no inquietarse nada por la victoria. La que consiste en tomar con demasiada alegría el partido del fracaso. La que consiste en encontrar normal la esterilidad de nuestra acción.

Demasiado frecuentemente se achaca a la adversidad la responsabilidad de la suerte desdichada de operaciones destinadas al fracaso, por mal pensadas, por mal preparadas, por mal iniciadas, por haber sido conducidas con falsos métodos.

No consiste todo en correr. San Pablo fue quien nos dijo que por sí misma la cosa no basta, que hay que hacer más que mover las piernas batiendo el aire; que hay que correr propiamente para conseguir el premio.

Los guerreros lucharán, y Dios dará la victoria.

Es odioso el engaño de ese pietismo, que se cree sobrenatural, porque está desencarnado, en el que la oración más bien que esclarecer, más bien que fortificar a la acción, resulta argumento de negligencia, de pasividad, de inconsecuencia. Actitud que no tiene más éxito porque favorece una tendencia natural a la pereza, al esfuerzo brusco, violento, se podría decir, pero elemental, superficial, sin resultados duraderos y serios.

Sobrenaturalismo siempre dependiente de lo que es camino extraordinario en la piedad. Esperanza en un milagro. En la realización de una profecía según la cual todo se arreglará algún día

por simple intervención divina, sin que haya necesidad de entremezclarse en ello.

Pero ¿quién tomará a esta caricatura por la piedad verdadera, por aquélla por la que los santos han perecido? Esta piedad que le valió al doctor de Poitiers la respuesta de Juana: —“Decís que Dios quiere librar al pueblo de Francia de sus calamidades; pues si lo quiere, no le será necesario poner en movimiento a los guerreros”. —“En nombre de Dios —respondió la joven— los guerreros lucharán y Dios dará la victoria.”

Esta es, en efecto, la respuesta más ortodoxa con respecto a lo natural como a lo sobrenatural.

Orar, como si nuestra acción debiera ser inútil, y actuar, como si nuestra oración pudiera serlo también.

¿No es monstruoso que la misma rectitud doctrinal pueda no incitarnos a la acción?

Se ha dicho: “El mundo cristiano se considera como el defensor de una mística verdadera, pero no la vive; frente a un adversario que es promotor de una mística falsa, pero vivida, servida intensamente”.

¿Hay perversión más sutil y más grave, que la de una ortodoxia del pensamiento satisfecha de sí misma, pero indiferente a la infecundidad de lo verdadero, al triunfo del mal?

Una ortodoxia completamente cerebral y especulativa no es suficiente. Es necesario, para ser realmente, habitualmente, ortodoxo, no solamente la ortodoxia de la inteligencia; sino, si se pudiera decir, la ortodoxia de la voluntad. La cual se manifiesta ante todo por una facultad normal de entusiasmo y de indignación. Y, ciertamente, no por esta actitud de soberana indiferencia, que algunos quisieran llamar prudencia y dominio de sí mismos.

“La frecuencia, el poderío del crimen, escribe el Cardenal Ottaviani (1), han embotado, desgraciadamente, a la sensibilidad

(1) *L'Eglise et la Cité*, pág. 44. A la venta en el C. L. C., 49, rue des Rénaudes, Paris-XVII^e. Hay una traducción española de esta obra, con el título “El Baluarte”, Barcelona, 1962, ed. Publicaciones Cruzado Español.

cristiana, aun entre los cristianos. No solamente como hombres, sino como cristianos, no reaccionan, no vibran. ¿Cómo pueden sentirse cristianos, si son insensibles a las heridas hechas al cristianismo?

"... Da escalofríos pensar en todos esos cristianos que están prisioneros con sus pastores ... se creería que íbamos a asistir a una protesta semejante al rugido del océano, a un levantamiento de la humanidad, a un clamor de reprobación semejante a un grito de lamentación incoercible. Nada de eso. Cierta prensa totalmente absorbida por los hechos y gestas de los campeones, de los actores, por los acontecimientos diversos, ignora lo que todo el mundo sabe: que hay multitud de hombres en prisión o en trabajos forzados, multitud de seres encerrados en una mordaza feroz, que les impide aun dejar, solamente por dos días, su país y su casa ...

"Todo se puede, menos vivir en este estado de insensibilidad. Porque la vida se evidencia con la sensación del dolor, con la vivacidad (la palabra es sugestiva) por la cual se reacciona a la herida, con la prontitud y el poder de la reacción. En la podredumbre y en la descomposición ya no se reacciona."

Dios no niega al impío el triunfo de su trabajo.

No hay ninguna organización, ninguna partida, ningún clan, ninguna secta, que no tenga hoy un plan que proponer, y que no se consagre a hacerlo aceptar. Sólo los cristianos vamos a remolque. Creyendo ser actos de virtud los de adoptar las tesis del enemigo, en vez de proclamar "triumfalmente" las nuestras.

No procuramos exponer, o hacer prevalecer, o defender, lo que nosotros consideramos como la Verdad; confiando, como los otros, en aquello que puede conseguir la adhesión de las masas, atraer la opinión. "Actuamos como si no creyéramos más que en las campañas de prensa, en los pasquines de las paredes, en las reuniones brillantes o alborotadas, en las octavillas y retazos de elocuencia, en los *slogans*, en las consignas." Brevemente en todo lo

que pueda ser un accesorio de trabajo sin ser realmente trabajo, sin ser la acción seriamente conducida y pensada.

De esta manera nos perdemos en fórmulas, en recetas y en apañíos. Campañas a plazo corto, clamores sin eco. Esperando la salvación del éxito de alguna operación precipitada. Fundando todas nuestras esperanzas en el primero o en el último en llegar. Empíricos de semanilla. A quienes ninguna experiencia enseña.

¿“Liosos” ...? los que profesamos el orden y el método.

¿Perzosos ...? los que canonizamos el celo y el trabajo.

¿Apasionados sin límite, en cuanto pretendemos actuar ...? los que proclamamos “querer siempre conservar la razón”.

Y ¿menos confiados, que los materialistas, en las fuerzas intelectuales y espirituales...? los que las invocamos sin cesar.

Hasta el extremo, de reconocer que, si mañana la Revolución venciese, ese triunfo sería de una gran justicia.

Porque, desde hace doscientos cincuenta y ocho años (2), desde cuando estas olas de asaltos se suceden y se renuevan, incansablemente ingeniosas, siempre más hábiles, más eficaces, se puede decir que la Revolución ha merecido su conquista del mundo. Sus adeptos han sabido batirse; han sabido sostenerse; han sabido entregarse por entero, han abierto sus carteras tanto como fuera necesario. El aparato impresionante de las instituciones seculares, así como la potencia material de las instituciones cristianas no les ha descorazonado. A pesar de su pequeño número y de su debilidad, al menos inicial, no han retrocedido.

E igualmente en 1903. Los sostenedores del movimiento de Lenin eran diecisiete. Sesenta años más tarde el aparato comunista en el mundo emplea dos millones aproximadamente de comités, células, círculos, asociaciones. Cada año se gastan doscientos mil millones de dólares; cada año se proyectan doscientas grandes películas (sin contar los millares de pequeñas); cada año se imprimen ciento veinte millones de libros (sin contar los folletos o libelos); cada año veinte mil propagandistas viajan por el mundo, quinién-

(2) Escrito en 1965 con referencia a 1717, fecha de la gran empresa de la Masonería moderna.

tos mil agentes se afanan...; finalmente, cada semana se organizan ciento treinta mil horas de propaganda radiofónica...

... Para el triunfo de la Revolución universal.

Lejos, pues, de manifestar una ausencia de la justicia divina, los progresos constantes de la subversión expresan, por el contrario, magistralmente, cómo Dios sabe respetar el determinismo de su obra no negando al impío el fruto normal de su trabajo.

Porque si es cierto, como está escrito en el salmo CXI, que el "deseo de los pecadores perecerá —*desiderium peccatorum peribit*—", no se ve por qué este indefectible castigo divino debería corresponder al retorno victorioso de un ejército que no ha combatido, de "hijos de la luz" que no han alumbrado. Retorno victorioso, que sería el insolente triunfo de estos pretendidos "buenos", de los que San Pío X no temía afirmar, que por su pereza, por su abandono, son más que los otros el nervio del reino de Satán.

Angustias como de dolor de muelas: "el que saca su espada ..."

Esta insensibilidad, este miedo, esta deserción de los cristianos, son, ciertamente, el peor de los males.

Por la inacción, que éstos implican, en principio.

Por los accesos de exasperación desastrosos, que en las horas más dolorosas, tanta inercia no dejan de provocar.

Angustias como de dolor de muelas, según dijo Saint-Exupéry en alguna parte. Rabieta de niños, que querían curarlo todo, restaurarlo todo en una hora. Pero para volver de nuevo a la apatía inicial, que están furiosos de haberla enturbiado con la conmoción de las estructuras sociales. Rabieta del dormilón, al que no deja descansar el grifo que gotea. Se levanta de un salto, para poder volver más rápidamente a la cama a continuar el sueño.

"Se quiere combatir el mal en donde se manifiesta", observaba Goethe. "Y nadie se inquieta por saber de dónde sale o desde dónde ejerce su acción. Por ello es difícil deliberar con la multitud, que sólo juzga los negocios del día presente, extendiendo raramente sus miradas al día de mañana."

De ahí la brusquedad de las reacciones: precipitadas, violentas, "dinamiteras"...

De esta forma, los que nunca han hecho nada, los que nunca han reaccionado, o muy poco, ante el progreso del mal, los que lo han, probablemente, favorecido en su principio, aceptado en sus primeros pasos, se sublevan bruscamente, estimando intolerable que el incendio que han visto encender, sin intervenir, amenace en ese momento su confortable embobamiento.

Imagen evangélica, siempre actual, del sueño, del que los mejores apóstoles no consiguen salir, mientras Jesús está en agonía y Judas enrola ya a sus hombres.

El despertar es amargo, pues provoca la irrupción de estos últimos. Alguien se exaspera. Y saca la espada.

Pero ¿qué hay de asombroso de que en estas condiciones el Maestro repudiase su uso?

Asimismo, el símbolo de la oreja cortada no está probablemente bastante meditado.

Cuando no se ha cumplido nada de lo que se debería haber hecho en orden a la vigilancia espiritual y doctrinal ¿no es normal que el recurso de la espada, de la fuerza bruta, intempestivamente desenvainada tiene por único resultado el... suprimir aquello, con lo que los hombres se oyen y se entienden? (3).

Cuando la preparación de las almas y de las inteligencias no ha sido suficientemente realizada, es normal y, en cierto sentido, es justo, que la violencia de reacciones demasiado tardías produzca su propio castigo. Quien se sirve por lo tanto de la espada perecerá por la espada. Es prudente que Dios abandone a la lógica de su

(3) Cf. Lucas 22, 50-53 —Mateo 24, 50-53—. "Más ahora es la hora y el poder de las tinieblas"... "Y habiéndosele acercado, pusieron la mano sobre Jesús y le asieron. Y he aquí que uno de los que estaban con Jesús, levantando la mano desenvainó la espada y golpeando al servidor del Sumo Sacerdote le cortó la oreja. Entonces Jesús le dijo: "Vuelve tu espada a su vaina. Porque todos los que usan la espada perecerán por la espada. ¿No crees tú que yo podría recurrir a mi Padre, que me enviaría inmediatamente más de doce legiones de ángeles?"...

círculo mortífero, a una fuerza tan manifiestamente falta de preparación espiritual e intelectual suficiente.

Añadamos que en la hora del poder de las tinieblas la única fuerza de las armas no bastaría. Porque estamos en tiempos en los que nada está suficientemente aclarado. Ya que lo que importa a la gloria de Dios, a la mayor fecundidad de una victoria del bien, es menos la intervención represiva de una fuerza bruta, que pusiera todo en orden en un instante (¡esta fuerza sería la de las "doce legiones de ángeles!"), que el testimonio, el apostolado de una verdad justificada, defendida en el plazo que en principio es el suyo: el del combate espiritual, el de la conquista, el de la edificación, el de la historia de las almas.

Y es el colmo ver la Revolución dedicada con tanto esmero a ganar los cerebros, a obtener la adhesión de las inteligencias, mientras que los pretendidos fieles de la Verdad se molestan tan poco en comprenderla inicialmente ellos mismos, y en extenderla a continuación. Fieles mucho más prontos a esperar en la fuerza, que en esta lucha del espíritu.

Ahora bien, Dios, que es precisamente espíritu y verdad, no puede permitir que sus fieles triunfen de esta forma.

Con un esfuerzo incansable de intoxicación espiritual e intelectual la Revolución ha conquistado el mundo.

Y respecto a esta acción ¿qué hemos hecho?

"¿Nuestros odversarios nos han respondido?", observaba Jaurès en la tribuna de la Cámara cuando se discutía la "ley de separación". "¿Nos han opuesto doctrina a doctrina e ideal a ideal? ¿Han tenido el valor de levantar contra el pensamiento de la Revolución el entero pensamiento católico? ¡No! Lo han eludido. Han disputado sobre detalles de organización. No han afirmado netamente el principio, que es como el alma de la Iglesia..."

Mientras la noción de eficacia —de una eficacia profunda, durable— no se alíe en nuestros espíritus a la noción de Verdad, tanto que, para ser eficaz, creamos preferible dejar lo Verdadero de lado, confiando más en el engaño o en la fuerza, perderemos el derecho de quejarnos de impotencia, de esterilidad crónicas.

Si los "buenos" quisieran.

En estas condiciones, ¿sería posible sostener que para volver al punto en que la subversión ha precipitado a la sociedad, la suerte de un golpe brusco pudiera bastar, siendo así que la Revolución es hoy día casi la sola en poseer cuadros formados y realmente disponible, en los que los más instruidos, los más calificados de nuestro lado no quieren alistarse y comprometerse?

¿No sería ridículo imaginar que la salvación podría obtenerse con pocos gastos, sin preparación conveniente?

No es que nosotros desesperemos de la salvación. Creemos por el contrario, que sería relativamente fácil salvar a la sociedad; y que nuestros recursos, nuestras fuerzas son más importantes de lo que pensamos en otras ocasiones. Haría falta también que un cierto número de los que llaman "los buenos" se aplique como es conveniente y con bastante perseverancia, a la acción que se impone.

Lo inquietante, podríamos decir a la manera de Donoso Cortés, no es que la sociedad esté como en la imposibilidad radical de ser salvada. Lo inquietante está en que aquéllos de sus miembros que parecen especialmente designados para luchar en salvarla no se dediquen a ello en forma alguna.

No es que seamos pesimistas por tener estos propósitos. Es la única forma de poder ser optimista, porque es la única forma de plantear convenientemente el problema atacando desde el principio la principal dificultad.

El exceso de fuerza nunca falla, repiten los marinos.

Despreciando la dificultad es cuando en ella ciertamente se sucumbe. Por haberla subestimado continuamente, la causa del derecho natural y cristiano no ha dejado de retroceder en el mundo.

* * *

Para el comunismo todo es bueno, y su dialéctica sabe explotar las menores contradicciones, provocar, mantener, envenenar los conflictos entre clases, pueblos o razas.

Guerra, que no deja de tener cierta analogía con aquella forma de luchar, de la que habla San Ignacio en su célebre meditación de las dos banderas..., en la que los combatientes no están separados a una parte y otra de una línea, reconocibles por sus uniformes... sino que hay un entremezclamiento desconsolador, en el que el choque de los regimientos, la potencia del material, la movilización de las fuerzas económicas no basta a determinar la marcha del conflicto. Guerra, en la que para distinguir a los partidos, el espíritu cuenta más que el uniforme. Guerra, en la que el enemigo real puede ser vecino de piso, un miembro de la familia, ganados por la Revolución.

Guerra, en la que por importante que sea el papel reservado a los ejércitos, los puntos de apoyo, verdaderas células, están en los espíritus, en los corazones... que, no solamente no deben virar y zozobrar, sino que deben impedir que viren y zozobren los padres, los amigos, los vecinos, etc. ...

Movilización universal de élites llamadas a realizar un papel de fijación, de defensa, de irradiación intelectual y moral. Guerra, en la que es necesario convencer para vencer.

Contra este asalto, que con tanto método y con tanta habilidad lanza la Revolución ¿podemos oponer alguna acción eficaz?

¿Poseemos una doctrina sobre la acción?

¿Estamos preocupados en tener alguna? O dicho de otra manera: ¿pensamos en ella seriamente? ¿Nos esforzamos en aprenderla para actuar mejor?

Somos en realidad especulativos estáticos. "Pensamos" en la meta, "pensamos" en el término, "pensamos" en el ser, "pensamos" en el orden hacia el cual vamos. No "pensamos" en la acción. No "pensamos" en el movimiento, en el medio que permitiría con más seguridad alcanzar la meta.

Sabemos a dónde hay que ir... pero no comentamos, no nos inquietamos nunca o casi nunca por el itinerario, por los medios de locomoción eventuales.

Pongamos la imagen siguiente: dos estanterías de una biblioteca.

En una: nuestros maestros en el pensamiento.

En la otra: los maestros de la Revolución.

Cuántos esplendores entre los primeros... lo mismo si se trata de la *meta*, del *fin* que se describe o se justifica. La verdad está allí presentada, defendida con talento, a veces con ingenio. El orden que hay que promover, la jerarquía de los bienes que hay que defender. Aquello por lo que hay que vivir y a veces hacerse matar. Todo está dicho y bien dicho. Pero en cuanto a los medios que hay que emplear para quedar victorioso apenas hay una cuestión. Algunos principios ¡ciertamente! Muchos, demasiado generales. Confesamos no haber encontrado nunca un volumen de acción anti-revolucionario algo completo. Solamente algunos folletos que pretenden resolver un problema táctico extremadamente limitado. ¿Esta operación podría ser intentada? ¿Aquel "golpe" sería posible?

En total, casi nada.

Observamos, por el contrario, la segunda estantería de la biblioteca: la de los teóricos de la Revolución. Comparados con un Maistre, con un Blanc de Saint-Bonnet, con un Veillot, con un Pie: ¿qué parecen los trabajos de un Weishaupt (4), las direcciones de la Alta-Venta, los escritos de Marx, Lenin, Trotsky, Stalin, Mao-Tse-Tung?

¡Sí! ¿qué ofrecen estos últimos a una inteligencia rigurosa? Algunos esquemas sobados y desarrollados hasta la saciedad, una increíble multitud de proposiciones equívocas.

Mas, si nada se ofrece por este lado para satisfacer a una inteligencia ávida de verdaderos bienes ¡qué profusión en la determinación de los medios, de los procedimientos, de los métodos, de las directrices! Todo es estrategia táctica. ¡Y qué realismo, qué habilidad, qué agudeza de observación! Nada que parezca en abandono. Jerarquía en las intervenciones, profusión en las obras, progresión de las etapas, simultaneidad de acciones múltiples.

O dicho de otra forma: si nuestros pensadores ordinarios se destacan describiendo el *fin*, la *meta*, el orden de promover, pero son incapaces en la determinación de los medios y métodos de ac-

(4) Jefe de los Iluminados de Baviera.

ción; la Revolución pone en práctica todo lo contrario. Si su *fin*, su *meta*, parecen inconsistentes; todo es duro, preciso, metódicamente pensado y calculado, en orden a los medios, al movimiento y a la acción.

¿Es por tanto razonable que sigamos tan poco equiparados, tan poco avisados en estos problemas?

Negocios, confort y absentismo cívicos.

El mal está en que los mejores de los nuestros viven en la abstención.

Dios sabe, sin embargo, la atención, el cuidado, el ingenio, el celo que cada uno sabe consagrar al mayor éxito de sus negocios.

¿Quién no se forma y no se informa en esta esfera de acción? ¿Quién no se documenta? ¿Quién no ha recurrido a técnicos avisados? Días y noches pasan a veces en la búsqueda de la fórmula que permita aumentar los beneficios, eliminar a un concurrente.

Mas, que se trate de la suerte de la sociedad (de la que depende sin embargo el bienestar durable de los negocios privados), la rutina, la negligencia, la irreflexión, la inconsecuencia, la pereza, acaban siendo la ley de estos hombres, de los que se admira por otro lado la prudencia y la iniciativa.

Pasajeros que enjugan la humedad de su cabina, pero que rehusan interesarse de la realidad de que su navío naufraga de inmediato.

La verdad es que perdemos nuestro tiempo en naderías, que concedemos a "tabús" mundanos más tiempo del necesario para trabajar victoriosamente en la salvación de la Ciudad.

Un afán obsesionante de *confort* llega a constituir, aun entre nosotros, un clima de materialismo inexpugnable. Materialismo que no se manifiesta como antaño con máximas viles, provocadoras. Que tenía la ventaja de alarmar a los mejores. Sino un materialismo de hecho implícito, que sin prohibir ir a misa, no deja de realizar ciertamente el mayor fenómeno de absentismo político desde la decadencia del Imperio Romano. Por el cual éste murió.

Cristianos que se creen excelentes esposos, excelentes padres de familia, excelentes empleados, excelentes feligreses.

El mundo puede contar con ellos.

¡Pero no su Ciudad, pero no su Patria!

A sus ojos no hay sería obligación por este lado.

* * *

Deberes de estado.

“Para otros más brillantes que nosotros —dicen— el cuidado de estas altas y graves cuestiones. Nuestro deber no nos obliga a pasar de los cuidados de la vida doméstica. No se puede hacer todo. Ya hay tantas cosas que nos preocupan.”

Lo que parece una prudente contestación.

Lo que sin embargo no llega a legitimar el desprecio de un deber cierto.

La verdad es que hay que hacer todo lo que por nuestro estado debemos hacer.

¿Qué marido osaría decir que deja de cumplir sus deberes de padre para dedicarse a sus deberes de esposo so pretexto de que no podría hacerlo todo?

¿Qué hijo, por la misma razón, osaría justificar el abandono de su padre enfermo para consagrarse solamente al apostolado parroquial?

Sería demasiado fácil escoger de nuestros deberes de estado el que nos agradara más y abandonar los otros.

La ordenación de una vida virtuosa y santa no es otra que la feliz solución llevada a este problema de la coexistencia de múltiples e irreductibles deberes de estado.

Deberes de estado... hacia Dios; ya que somos por estado sus criaturas.

Deberes de estado... hacia nuestros padres; ya que por estado somos sus hijos.

Deberes de estado... hacia nuestro cónyuge; si por el estado estuviésemos casados.

Deberes de estado... hacia nuestros hijos o nuestras hijas; si por el estado fuésemos padre o madre.

Deberes de estado... hacia la Ciudad, hacia la Patria; porque por estado somos miembros de estas comunidades.

Deberes de estado... profesionales. Deberes de estado... de amistad. Deberes de estado... de buena vecindad..., etc.

Ningún deber de estado puede ser rechazado mientras estemos en el estado que precisamente nos lo impone.

Libre cada uno de lamentar que nuestras modernas democracias hayan venido a aumentar nuestras cargas imponiendo a cada ciudadano una mayor participación de la vida pública. Esta obligación no es menos indiscutible. Obligación tanto más imperiosa ya que entonces los bienes más sagrados correrían el riesgo de perderse por la defección de los mejores.

¡A la acción, pues!

Es el gran deber de esta hora.

“No hay tiempo que perder, proclamaba ya Pío XII. El tiempo de la reflexión y de los proyectos ha pasado. ¡Es la hora de la acción! ¿Estáis dispuestos? Los frentes opuestos en los campos religioso y moral se definen cada vez más claramente. Es la hora de la prueba. La dura carrera de la que habla San Pablo ha sido emprendida. Es la hora del esfuerzo intenso. Algunos instantes solamente pueden decidir la victoria.”

Posiblemente jamás la salvación de la sociedad ha dependido del esfuerzo de tan pequeño número de gentes.

Pero es necesario que aun este pequeño número quiera y sepa querer.

Para ayudarle a conocer, a comprender las exigencias de la acción que se impone, hemos escrito estas líneas.